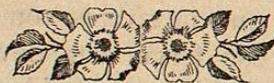


Virgen Santísima, y haced en seguida un acto de contrición, con propósito firme de no volver á pecar; este es un medio eficacísimo para asegurar vuestra salvación; pero tened cuidado de no omitirlo jamás, porque si la omitís, podría muy bien venir á ser causa de vuestra perdición eterna; como acabais de ver que lo hubiera sido del gentil-hombre, si un sólo día hubiera faltada en rezar su *Ave María*. Os recomiendo también, que entre dia os acordéis de la Santísima Virgen, y le digais del fondo del corazón, con firme esperanza que os obtendrá la salvación por su intercesión: ¡Oh Virgen María, madre mía, salvad mi alma!



Undécimo entretenimiento.

María esperanza nuestra.

Ella te dará aumento de gracia y hermosa corona ceñirá tu frente.

Prov. C. IV. v. IV.

I. Hay una cosa, hermanos míos, que no puedo comprender, y es como cada día llamais á la Virgen Santísima vuestra esperanza y la saludais diciéndole: *vida, dulzura y esperanza nuestra*; y sin embargo, ponéis vuestra confianza en todo, menos en ella; en las ciencias, en las riquezas, en la industria, en los parientes, en los fraudes, en los engaños, en esa amistad culpable, en esa mala compañía, y tal vez hasta en el mismo Satanás; y siempre habéis experimentado visiblemente la vanidad de las esperanzas mundanas, mientras que

María Santísima jamás os ha engañado. ¿Quién ha sido desamparado de los que esperan en élla? *¿Quis in eam speravit et confusus est?* Nadie; escuchad la historia que os voy á referir, y conoceréis en quien podemos poner nuestra esperanza.

II. Había un gentil-hombre rico y poderoso, desposado con una dama muy devota de la Santísima Virgen. Este hombre gastó todos sus bienes en liberalidades indiscretas, y llegó á tal grado de miseria, que después de haber dado cuanto tenía, tuvo necesidad de que le dieran á él. Llegó cierta solemnidad, en la cual acostumbraba festejar á sus amigos, y les hacía cuantiosos regalos: confuso y no sabiendo qué hacer, salió fuera de la ciudad á un lugar desierto, para llorar su desgracia y esperar que pasara la fiesta. Entre tanto, se le presenta un hombre de estatura extraordinaria, y le pregunta cuál es la causa de su profunda aflicción. El caballero le descubrió lo que le pa-

saba. “Consuélate, le dice, si quieres obedecerme y hacer todo lo que te diga, te prometo restablecerte en tu primitivo estado, y hacerte más rico y más feliz de lo que eras.—Haré lo que me digas, respondió, con tal que tú cumplas.—Solo una cosa te pido, contestó el otro, que tal día, y á tal hora, me traigas á tu mujer á este lugar. Entretanto, anda á tu casa y busca un lugar subterráneo donde hallarás inmensos tesoros, con los cuales podrás satisfacer todos tus deseos como antes. El caballero vuelve á su casa, y encuentra el tesoro que Satanás le había prometido, y sigue en su antigua vida. Llega el día que fijó el demonio, le dice á su mujer: “Acompáñame á una excursión que tengo que hacer.” La buena señora tenía miedo; pero se encomendó á la Santísima Virgen diciéndole: “en tí Señora pongo mi esperanza, en tí confío, Madre mia;” subió en el caballo y siguió á su marido. En el camino había una

iglesia dedicada á la Virgen Santísima. La señora obtuvo el permiso de entrar para orar de nuevo y suplicarle á María Inmaculada la librería de todos los peligros; se quedó dormida, y la Santísima Virgen tomó su figura, salió de la iglesia y siguió al caballero. Al llegar al bosque, lugar de la cita, se oía á lo lejos al príncipe de las tinieblas que gritaba con un estruendo horrible: “¡Ah, traidor! ¿así me pagas los beneficios?” No te he dicho que me traigas á la Madre de Dios, sino á tu mujer, para vengarme con ella de todas las pérdidas que me causa.” Entonces María Santísima, le dice al espíritu maligno: “Miserable, ¿por qué has sido tan osado proponiéndote perjudicar á mi sierva? Vuelve al abismo de donde has salido.”—Confuso el demonio y dando ahullidos espantosos, desapareció. El gentil-hombre, espantado, se arrojó á los pies de María Inmaculada, lloró su mala conducta, y la Santísima Virgen le orde-

nó que hiciera una buena confesión, que dejara los tesoros que había adquirido por ayuda de Satanás y volviera donde estaba su mujer. Al llegar á su casa los dos esposos, hicieron todo lo que les había dicho la Virgen Santísima; por su intercesión se enriquecieron de un modo lícito y honesto, y vivieron santamente, experimentando de una manera sensible los efectos de la protección de María Santísima, que no abandona jamás á los que ponen en Ella su confianza.

III. Es, pues, en la Santísima Virgen, en quien debemos poner toda nuestra esperanza, como lo hizo esta señora de quien acabo de referir la historia. También nosotros pongamos en María Madre de Dios nuestra confianza, y nos asistirá en todas nuestras necesidades. Si no lo hemos hecho hasta aquí, pidámosle perdón humildemente y digámosle: “Virgen Santísima, cuán frágiles han sido las esperanzas que hemos fundado en

los bienes de este mundo! perdonadnos ¡oh Virgen santa! En lo sucesivo, en vos ponemos toda nuestra confianza. De mi parte os prometo, que vos seréis toda mi esperanza: los bienes que pueda esperar en esta vida y en la otra, deseo obtenerlos por vos, ¡oh Madre mía! ¡vida mía y mi única esperanza! yo sé que podéis socorrerme, y por eso espero siempre en vos, para no ser confundido eternamente. *In te Dominae speravi, non confundar in æternam.* Hacedlo así, hermanos míos: esperad, esperad en María Santísima y estad seguros de que seréis salvos y todos la veremos en el cielo. La devoción que hoy os recomiendo es, la de traer siempre una medalla con la imagen de la Virgen María y que recurráis á ella en todas vuestras tentaciones.



Duodécimo entretenimiento.

Hermosura de Maria.

Te mostraré el camino de la sabiduría y te conduciré por los senderos de la equidad.

(Prov. C. IV. v. XI.)

I. Hermanos míos, para hablaros ahora de la Santísima Virgen, desearía tener una lengua celestial. Me dirijo, pues, á vosotros, ¡oh serafines! juntaos, y formad de vuestras lenguas una sola, abrazada en los ardores que os consumen, y presádmela un instante, para poder mostrar á los que me escuchan, la admirable belleza de María Inmaculada. ¡Ah! ¡Si supiérais cuán hermosa es! Es la obra más perfecta que ha salido de las manos de Dios, quien para darle la perfección que deseaba, al formarla, empleó todo su

poder. ¿Qué son el sol, la luna, las estrellas, los cielos y todo el mundo? ¡Un juego de sus dedos! *Opera digitorum*. Pero la Santísima Virgen es la obra de todo su brazo. *Fecit potentiam in brachio suo*. "Armó el brazo de su poder." La Santísima Trinidad, para crearla, ha empleado todo el poder del Padre, toda la ciencia del Hijo, todo el amor del Espíritu Santo, y no sin razón; porque el Padre Eterno, en ella formó á su Hija, el Hijo á su Madre, y el Espíritu Santo á su Esposa. Figuraos, ¡cuán hermosa debió salir la Virgen María de las manos del Creador! basta saber que san Dionisio Areopagita, la primera vez que la vió, confesó que si la fe no le hubiera enseñado que no era Dios, sino una pura criatura, la hubiera adorado como á la Divinidad. Y si era tan hermosa la Santísima Virgen cuando aun estaba en la tierra, ¡cuánto más lo será ahora en el cielo? ¡Ah! Ella sola forma un paraíso;

porque es toda hermosa: *Tota pulchra est Maria*; hermosa en su cuerpo, hermosa en su alma, hermosa en sus pensamientos, hermosa en sus obras, hermosa en su poder, hermosa en su interior, y hermosa en su exterior.

¿Cómo, pues, una criatura tan amable y tan digna no será el objeto más amado de nuestro corazón? ¿Cómo no encantarnos con sus atractivos y su belleza!

II. Un clérigo, muy devoto de la Santísima Virgen, varias veces oyó referir cosas maravillosas de la hermosura de la Virgen María, y se encantó de tal manera, que concibió deseos ardientes de verla, y no cesaba de pedirle esta gracia. En fin, un angel del cielo vino á decirle que la Santísima Virgen lo iba á complacer, y la vería, si consentía en quedar ciego después de haber gozado de este favor, porque Ella no quería que viera otros objetos creados después de haberla contem-

plado. Al momento contestó el devoto clérigo que con todo gusto consentía en comprar á este precio el favor que solicitaba; que era poco lo que le pedía y que hasta la vida daría por obtener esa gracia tan preciosa,

Así habló en un momento de fervor; pero después, pensando en el porvenir, se dijo á sí mismo: ¿para qué serviré? ¿qué haré para andar y cómo viviré? Haré ésto: veré á mi amada Madre María con un ojo para no quedar enteramente ciego. En efecto, así lo hizo, cuando se le apareció, abrió un ojo y cerró el otro; pero la hermosura de la Virgen soberana le arrebató de tal manera, que para verla mejor abrió el otro ojo. En ese momento desapareció la Santísima Virgen, y perdió el ojo con el que la había visto, quedando inconsolable por no haberla contemplado con los dos ojos. ¡Ay! decía, ¡cuánto he perdido por guardar este ojo! ¿De qué me sirve ver á las

otras criaturas, pues que ni pude ver agusto al más bello objeto del paraíso? Valía más haber quedado completamente ciego, después de haberme saciado con la vista de esta hermosura maravillosa. Dignaos, pues, ¡oh mi dulce Madre! complacer los deseos de mi pobre corazón; mostraos á mí otra vez, y consiento en quedar completamente ciego. La Santísima Virgen se le apareció de nuevo, y no solamente no lo privó del ojo bueno que le quedó, sino que le devolvió el que había perdido, y con amable sonrisa lo bendijo y desapareció.

III. ¡Ah! jóvenes, jóvenes, que corréis tras de las bellezas perecederas de la tierra, abrid hoy los ojos y reconoced vuestra ilusión. Decís que lo que ejerce más imperio sobre vuestro corazón, es la belleza; ¿por qué pues, no amais á la Santísima Virgen, cuya belleza es tan pura, tan santa y tan casta, que durante su vida, movía á compunción y al

mismo tiempo, encantaba á todos los que la veían, de tal manera, que las mujeres y los hombres, aun los más perversos, al verla sentían en su interior tal cambio, que varios días estaban sin pecar? Basta una mirada de María inmaculada á los pecadores para convertirlos. ¡Oh Virgen incomparable! ahora os pido una de esas miradas; que vuestros ojos tan puros y tan santos os dignéis bajarlos sobre los que me escuchan para que cambien sus corazones. Si hasta aquí hemos sido indignos de este favor, mirando con libertad culpable las bellezas de la tierra que son ocasión de tantos pecados, postrémonos á los pies de la Madre de Dios y pidámosle perdón. Virgen Santa, perdonadnos esta libertad culpable; en lo sucesivo todas nuestras delicias serán el miraros y el pensar en vos, para que vuestro amor reine únicamente en nuestros corazones. Hoy os pedimos una gracia, y es que os dignéis favorecernos con una sola de

vuestras miradas, si no durante la vida, á lo menos á la hora de la muerte. ¡Oh mirada bendita! que para nosotros será señal segura del cielo. Pedid, pues, á la Santísima Virgen, hermanos míos, que os mire en ese momento supremo, y la muerte será para vosotros el principio de la vida eterna.

La devoción que hoy os recomiendo, es la modestia y mortificación de los ojos y la precaución de no ver jamás objetos peligrosos, para imitar la modestia de la Santísima Virgen, y sobre todo, en las calles y en la iglesia.

